



LEVANTAR VUELO EN LA ADOLESCENCIA: JÓVENES ADOPTADOS



Resumen

La adolescencia es una etapa normal de crecimiento que conlleva una metamorfosis física y psíquica con pérdidas y cambios a asumir. Es también un nuevo reelaborar y resignificar lo no resuelto de la infancia. Por todo ello, es más difícil de transitar aún por los jóvenes adoptados que pasaron por situaciones traumáticas desde el inicio de la vida y/o durante en los primeros años y que han dejado pérdidas, temores, inseguridad y desvalorización personal. La capacidad familiar de aceptar al niño adoptado como hijo y que éste los haya adoptado como padre y se sienta seguro de su lugar familiar favorecerá que al final de su adolescencia, lo lleve a una filiación simbólica de esa familia. Es lo que le permitirá crecer y progresar como otros adolescentes.

Palabras clave

Adopción, adolescencia, crisis normal, evitación, desestabilización, factores de riesgo, factores de protección

Abstract

Adolescence is a normal growth stage that entails a physical and psychic metamorphosis enduring losses and changes. It also means re-elaborating and re-signifying what hasn't been solved during childhood. For all that, it is even harder to endure it for young adopted teens who have undergone traumatic situations at the beginning of their life and/or during their first years which left losses, fears, insecurities and personal devaluation. The family's ability to accept the adopted child as a son and the child's ability to adopt them as parents, feeling confident in belonging to the family will allow him or her to develop a symbolic filiation with that family. That is what it will allow the child to grow and develop like other adolescents.

Keywords:

Adoption, adolescence, normal crisis, avoidance, destabilisation, risk factors, protection factors





Los padres humanizamos a nuestros hijos al enseñarles a nombrar sus afectos, soportar sus angustias y escuchar sus anhelos y temores.

Les transmitimos raíces y alas, y es una tarea mucho más compleja, difícil y todo un reto, cuando se trata de un hijo adoptivo.

La calidad de la acogida y su cuidado promueven las raíces que lo ahondan en su nueva filiación. Transmitir raíces y alas es posible al promover libertad y autonomía en el crecimiento. Si el hijo se siente seguro de su lugar en la familia, preparará el camino para las alas que desplegará cuando atraviese la adolescencia y más tarde al volar del nido e iniciar una vida autónoma. Por ello he denominado a este artículo: «Levantar vuelo en la adolescencia: jóvenes adoptados».

El adolescente, y mucho de lo que le pasa a él en ese período, ilustra el síntoma de una época en la que se ha instalado como valor supremo al poderoso Don Dinero y una situación social en la que se supone que es posible conseguir, sin esfuerzo y rápidamente, todo lo que uno se propone.

La adolescencia es un período difícil de la vida que ha sido cantada y nombrada por artistas y poetas. Además, los que la hemos pasado, podemos coincidir con Paul Nizan (Nizan, 1931) «no dejaré a nadie decir que es la más bella edad de la vida». Sabemos que una buena parte de los adolescentes también estarían de acuerdo.

Es una época de crisis (a superar) y al mismo tiempo un período de enorme creatividad. Muchos adolescentes participan de grupos vinculados a actividades musicales o deportivas, con los que comparten ideales y desean llevarlos a la práctica.

Hoy como ayer, un valor inalterable es el de la amistad, refugio y vínculo introductor en la pandilla. Si éstos lo traicionan, el/la joven se sienten hundidos. La relación con sus pares es fundamental como espacio de transición entre la familia y el mundo exterior.

En nuestra sociedad, en la que el mito de la juventud

eterna ha reemplazado en algunos aspectos al de la razón, nos encontramos con muchos adolescentes que «adolecen» de padres que también quieren volverse adolescentes. Familias de «padres colegas», dispuestas a dimitir de su autoridad y de su función parental, para pasar por jovencitos como sus hijos, ir de copas juntos o a la discoteca, etc.

Una distancia respetuosa no impide ni la intimidad ni el afecto. En una familia no debiera desaparecer la singularidad de los roles de cada uno, porque las relaciones entre padres e hijos mantienen una asimetría simbólica. Si esto se confunde, quedan los lugares indiscriminados, aumentan las perturbaciones en la comunicación y la violencia entre sus distintos miembros. Se necesita por lo menos un adulto con autoridad, lo que no quiere decir autoritarismo. La etimología de autoridad es «ayudar a crecer» (Savater, 1991). No es nostalgia por

el padre-amo, sino alguien diferenciado de los niños con autoridad para que su palabra sea escuchada y sepa escuchar, transmitir normas, establecer límites.

El adolescente, y mucho de lo que le pasa a él en ese período, ilustra el síntoma de una época en la que se ha instalado como valor supremo al poderoso Don Dinero y una situación social en la que se supone que es posible conseguir, sin esfuerzo y rápidamente, todo lo que uno se propone. La actual crisis y la devastadora pandemia es probable que ayuden a corregir ese malentendido. Se observa un deterioro del orden simbólico y un predominio de lo imaginario y el narcisismo.

Hoy, como señala Bauman (Bauman 2011) en el imaginario social importa más el presente y el placer frente al esfuerzo; lo inmediato antes que el proyecto. Esto indica que se ha trasladado al mundo de las relaciones humanas la liquidez, la volatilidad que rige para los movimientos del capital. Lo reprimido ya no es





el sexo, como otrora en la sociedad victoriana, sino el compromiso, el afecto y las emociones.

Nos encontramos con muchos adolescentes que mantienen relaciones ocasionales, anónimas, breves: «amigovios» con derecho a roce, pero huyen del compromiso emocional. Imagen, apariencia, omnipotencia, en desmedro de la comunicación verdadera. Su consecuencia, un aumento de la Patología del Acto: actos irreflexivos, destructivos, descarga de angustias que se producen por una necesidad de responder de modo expulsivo a los cambios que se operan en ellos.

Cuando no les encuentran sentido, no pueden pensar en transformarlos en actividades creadoras y protagonizan actos violentos, novatadas, botellones, con ingesta abundante de alcohol y drogas. Sustituyen con acciones impulsivas su incapacidad para pensar y elaborar tanta transformación física y psíquica. Libertad reducida a puro goce (Recalcati 2014).

También podemos decir que en nuestra sociedad se han perdido los ritos de iniciación que existen en las comunidades llamadas «primitivas o salvajes». Actos que deben llevar a cabo los jóvenes para ser admitidos en el mundo de los adultos y que comportan una serie de desafíos y obstáculos con los que evalúan su capacidad de admisión. Luego de este pasaje el joven ha sido reconocido en su tribu, como adulto. Suelen incluir simulacros de muerte y resurrección, que dejan su marca en el cuerpo: heridas o mutilaciones que simbolizan el pasaje a la adultez. Algunos de estos ritos iniciáticos incluyen la escena teatralizada de matar al niño y resucitarlo luego. La muerte está significando la castración. La adolescencia comporta ese morir y renacer simbólico con el alejamiento de las relaciones primarias de amor y su iniciación sexual exogámica. La contradicción es central en ella, vida y muerte, integración y desintegración, progresión y regresión, crecimiento o parálisis (Tubert, 1982).

Nuestra sociedad, aunque no tiene ritos de iniciación, sí hay un reconocimiento social de ese pasaje. En nuestra sociedad, se prolonga muchas veces, dada

la complejidad de entrada en el mundo laboral y la diversificación de los estudios necesarios para la futura vida adulta.

Nuestros jóvenes también recurren a las marcas en su cuerpo: tatuajes, piercings, dilataciones, *uniformes* de grupo de pertenencia que agrupan y distinguen: punks, gótico, robótico, raperos, emos, heavys, etc. Estas tribus urbanas los aglutinan, como un espacio transitorio en el camino del afianzamiento de la subjetividad y la identidad.

¿Será el botellón otro intento de ritual de pasaje a la adultez?

El adolescente adoptado: cambios y pérdidas

La adopción es un proceso mutuo que se inicia por los padres y concluye cuando el hijo a su vez los ha adoptado (Salzberg, 2004). Estoy refiriéndome a la *adopción subjetiva* que constituye el basamento que sustenta su nueva filiación y la construcción de su aparato psíquico. Cuando se han establecido estos basamentos para que el niño llegado de fuera se haya convertido en hijo por sentirse seguro de su lugar, puede empezar a crecer en su nueva genealogía. Ya crece para alguien. Puede volver a ser un niño y no sólo un superviviente. Entonces, en distintas fases de su proceso evolutivo se preguntará por cuestiones que tienen que ver con su vida anterior a la adopción y con los interrogantes que se le despiertan:

- ¿Dónde está su madre y por qué le ha dejado? Muchos imaginan que los han perdido.
- ¿Él/ella ha tenido la culpa porque era tonto, feo o malo? Razonamiento imaginario infantil ante las injurias narcisistas.
- ¿La puede conocer, le recordará, le reconocerá apenas se encuentren? ¿Tiene hermanos? Todas esas cuestiones presentes en la infancia adquieren nuevamente protagonismo en la adolescencia y fantasea con todo ello. Algunas las formulará entre los 4 o 5 años, en especial la de la barriguita, otras sobre los 7 u 8 años,





cuando tiene más capacidad de introspección, de concentración o en diálogo con algún amigo adoptado o no, pero íntimo.

- Es frecuente que fantasee cómo hubiera sido su vida en su país de origen. Otra vida, otro mundo.
- Otros adolescentes niegan su adopción y tampoco pueden hablar de sus orígenes. Se enfadan y se escabullen. Evitan la introspección y su cuestionamiento interno.

Cambios que necesita asumir y reelaborar todo adolescente:

- 1) Pérdida del cuerpo infantil, del «niño ideal», para sí mismo como para sus padres, y de su propia imagen que, de repente, lo ha convertido en otro diferente.
- 2) Despedida de su identidad de niño, lo que produce una modificación de su lugar en la familia.
- 3) Pérdida de los padres omnipotentes y poderosos de la infancia que modelaban su ideal del yo infantil.
- 4) Transformación completa, drástica, iniciada por la pubertad biológica pero que luego trasciende todo ello para modificar toda su ubicación social. En la infancia tramita la fase edípica, en la adolescencia la genitalidad con su elección objetal.

El púber necesita romper con el narcisismo omnipotente de la infancia para introducirse en el ámbito social y en el orden de la cultura. Todo ese pasaje concluye con el reconocimiento de la Ley y su límite como sujeto marcado por la castración.

Hoy día los ídolos adolescentes prenden en forma cada vez más precoz, aunque la infancia muchas veces se prolonga (síndrome de Peter Pan). La crisis es necesaria para el despegue y la preparación para la vida adulta. Sin ella, no habría conflicto generacional. Es necesario romper un orden y crear otro distinto; las marcas de su vida infantil se resignifican, no desaparecen. Quedan

transformadas, cobran un nuevo sentido.

Una respuesta productiva en esta metamorfosis es la del adolescente que quiere el cambio, frente al que se queda paralizado y encerrado en casa como un caracol.

Toda adolescencia está precedida de una historia y una prehistoria, el lugar desde el que fue imaginado por sus padres antes del nacimiento. Todas las ilusiones y deseos que ellos depositaron en el hijo por venir; cómo lo imaginaron, anticiparon mentalmente y los ideales que soñaron hacia él, conformaron su lugar. Todo ese mundo de ilusiones y esperanzas fue el cobijo anticipatorio del lugar que le asignaron en la familia. En los padres adoptivos a la llegada de un hijo, han precedido diferentes intentos de embarazos, la posible infertilidad (no siempre irreversible ni

Es necesario romper un orden y crear otro distinto; las marcas de la vida infantil se resignifican, no desaparecen.

biológica), sus tratamientos médicos, sus frustraciones y sus miedos. Cuando todo ello no ha funcionado, comenzaron a pensar en la adopción. Esos duelos anteriores, han durado años y han provocado mucha incertidumbre y dolor. Si los futuros padres han trabajado en un marco psicoterapéutico lo ocurrido, estarán mejor preparados internamente para recibir un hijo no concebido por ellos. Si todo este período doloroso ha permitido una transformación de lo sufrido y el recibimiento del niño adoptado puede aceptarse con deseo, ilusión, tolerancia, paciencia y satisfacción, aceptando las carencias y retrasos que también éste presenta, la adopción será vivida como una recuperación de la alegría de ser padres y lo ubicarán como hijo. En general, en toda adopción han antecedido dolor y pérdidas por ambas partes. El oficio de padres siempre está mediatizado por la elaboración de sus propias resoluciones edípicas y por los diferentes avatares de su vida.

La adolescencia es un momento en el que se reviven duelos, separaciones, traumas y se reelabora la historia vital, por tanto, se comprende la dificultad para





superarla en muchos jóvenes. Cuantas más situaciones traumáticas hayan quedado pendientes, sin resolver en la infancia, dando lugar a síntomas que perduran desde entonces, más dificultades encontrará en un momento tan lleno de cambios.

De modo que la adolescencia es una crisis normal de crecimiento y, como tal, necesaria para la aceptación de todos esos cambios que resignifican la infancia.

La conflictiva edípica se reactualiza en la adolescencia, se reestructura. La sexualidad infantil se incluye en la sexualidad asumida en la pubertad.

Otra salida, como señalaba antes, es la evitación de la crisis y de ese enfrentamiento con uno mismo y con los padres. En estos casos se prolonga la infancia con la clásica obediencia y dependencia a los padres como cuando era pequeño, con el miedo a la ruptura que implica la separación de ellos y la individuación del sujeto. Pese a las dificultades de su tránsito y con la crisis personal y familiar que acarrea, sigue siendo más preocupante el/la joven que evita la ruptura y permanece junto a sus padres como si siguiera siendo un niño/a, pese al tiempo transcurrido. Algunos jóvenes adoptados, habiendo vivido algún rechazo sobre los 13 o 14 años, fueron dejando actividades, escolaridad y terminaron encerrados en casa, conectados con el mundo virtualmente y con pánico a participar activamente en el mundo social. Salir con amigos, amigas, algún romance, etc. Han quedado paralizados en el tiempo, permaneciendo melancólicamente encerrados en la casa.

Otra salida es la desestabilización personal ante todos estos cambios, acompañada de descompensaciones psicóticas, conductas de *acting* o pasajes al acto:

- suicidio
- trastornos del comportamiento severos
- problemas escolares graves
- adicciones
- delincuencia
- promiscuidad
- fugas

En la adolescencia el desafío es despedirse de la niñez sin morir en el intento.

Es un tiempo lógico de reestructuración del psiquismo, cuya consecuencia es la subjetividad preparada para la adultez.

Los que la hemos pasado recordaremos cómo nos habíamos sentido descolocados, torpes, extraños ante el espejo, introvertidos, encerrados en nosotros mismos, escuchando música, alejados de nuestros padres, sintiendo que no nos entendían, que eran unos carrozas, tan alejados de la idealización que, de ellos, habíamos tenido en la infancia. Se inicia con el empuje puberal, por una marca biológica, la menarquia y las primeras poluciones nocturnas, pero luego lo supera, para convertirse en una auténtica metamorfosis psicológica que transforma la historia de nuestra vida.

Es una ruptura existencial que amenaza el mundo anterior y la integridad personal, pero fecunda y necesaria. Ahí comienza el cuestionamiento de todo lo que hasta entonces daba un marco de seguridad a la propia vida del joven adoptado:

- Propia identidad
- Familia de pertenencia, acuerdos y desacuerdos
- Su historia de vida, nacimiento y entrada en la familia adoptiva
- Expectativas vitales.
- Deseo de autonomía
- Vida y muerte: juego de contrarios en un momento de gran fragilidad emocional
- Sexualidad, como encuentro con el otro

La adolescencia es intersubjetiva: cuando los hijos entran en crisis, sus padres también

• **Padres que rivalizan** con su hijo adolescente. Que no aceptan discusiones ni que se cuestione su autoridad, que pretenden que su posición prevalezca sobre la del hijo.

• **Padres colegas**, como ya he señalado, se identifican





con ellos y se vuelven pseudoadolescentes en el momento en el que sus hijos los necesitan adultos, fuertes, seguros y contendores emocionalmente.

- **Padres sobreprotectores** que dificultan su salida al mundo por temor a darles autonomía y responsabilidades. Las familias adoptivas suelen tener más edad que los padres biológicos, por los años de espera ante la infertilidad, los tratamientos realizados y la duración de los procesos adoptivos. La sobreprotección alimenta la postergación de la autonomía, con la complicidad de sus hijos, también temerosos de tanto cambio.
- **-Padres distantes**, poco afectuosos, exigentes y con poca comunicación y contacto emocional. Suele haber mucha violencia y los/as jóvenes adoptados fantasean con la ruptura.

La capacidad de los padres adoptivos para mantener un diálogo abierto, escuchar sus recuerdos, vivencias imaginarias o reales de soledad y miedo, negligencia, maltrato y/o abusos sufridos antes de la adopción, permitirá ir compartiendo paulatinamente sus traumas.

La capacidad de los padres adoptivos para mantener un diálogo abierto, escuchar sus recuerdos, vivencias imaginarias o reales de soledad y miedo, negligencia, maltrato y/o abusos sufridos antes de la adopción, permitirá ir compartiendo paulatinamente sus traumas. Sentirse unido/a y haber sido escuchado/a por su familia alivia, porque cuenta con ellos; ya no está solo/a con su dolor. Todo ello favorece que la adolescencia pueda transcurrir un poco más suavizada. Es el momento en el que cada adoptado/a entiende el sentido del salto dado en su filiación, pero ello lleva mucho tiempo de elaboración y muchas discusiones acerca de ser los «verdaderos», padres e hijos. Algo que sienten ambos y por ello el miedo al cambio puede ser vivido también como miedo a la ruptura con la familia adoptiva. Padres e hijos comparten temores y anhelos. Ambos necesitan sentirse tan queridos como los biológicos.

En la adolescencia se reactualizan los hechos traumáticos vividos en la infancia, con la familia

biológica, en el orfanato, en su vida anterior a la entrada en familia. Pero también los cambios habidos en su familia adoptiva (por ej. un divorcio, una nueva pareja, hermanos de la nueva pareja, una muerte, otros duelos). Todo ello se vive y/o reactualiza en la adolescencia y necesitarán tiempo para procesarlo.

Cualidades parentales protectoras

- La comunicación fluida, la tolerancia ante sus dificultades escolares, o retrasos en el desarrollo, la frustración por expectativas puestas en él/ella no cumplidas, pero seguir ahí brindando apoyo, cariño y seguridad, favorecen el entendimiento y el clima familiar. Permitir que se pueda abordar conjuntamente el tema de su historia de vida, sus interrogantes sobre su vida anterior y las condiciones de separación

de su madre biológica y/o o de su familia anterior. Dialogando, dibujando, compartiendo su curiosidad y sus dudas, con un trato respetuoso por su origen, su nombre, su físico, atendiendo a una comunicación que facilite el diálogo y favorezca poder hablar sobre sus dificultades. La memoria consciente e inconsciente de sucesos dolorosos y temores vividos.

- Capacidad de responder a las preguntas que formule sobre diferentes cuestiones de su historia, capacidad de aceptar sus sentimientos positivos y negativos, y dedicar tiempo conjunto de diálogo y de juego.

Estas cualidades parentales reparatorias facilitarán su acceso a la adolescencia en mejores condiciones.

Además de pasar por los mismos avatares que cualquier otro adolescente, en el adolescente adoptado se hace más complejo este tránsito por las situaciones traumáticas vividas cuando quedaron desamparados.





No olvidar el impacto que han tenido sucesivos cambios, separaciones reiteradas, escenas de violencia, que en su mayoría han vivido. Por lo tanto, es fundamental un trabajo de desidentificación de las figuras primarias abandonantes para romper con la dialéctica abandonado-abandonante. Si no ha logrado superar las situaciones traumáticas, puede asumir la identificación con el agresor y convertirse en un adolescente violento, exigente, prepotente y desafiante. La entrada en familia suele ser el primer momento curador. Si ello no ocurriera, sería indicado trabajarlo en tratamiento psicoterapéutico durante la infancia, para que entienda el sentido de sus síntomas e impulsiones y pueda evitar la compulsión de repetición. Debo señalar que siento admiración por la fuerza y el valor de muchos adolescentes adoptados que, con el apoyo de sus padres, han podido crecer superando historias muy difíciles y han tenido una gran capacidad de resiliencia. Admiración también por tantos padres que les abrieron su corazón y funcionaron tan bien. No todos los niños llegados, tienen tantos recursos, tampoco todos los padres adoptivos.

La metamorfosis de su hijo/a adolescente, también debe ser elaborada por los padres para soportar los embates adolescentes y mantenerse firmes. Ser padres conscientes de su capacidad de resistencia ante un adolescente sobrador, prepotente, díscolo, con discusiones infinitas, rechazos, sabiendo que pasará y cuando supere la adolescencia, volverá la concordia. Es aconsejable la preparación psicosocial de los padres para afrontar la adolescencia de sus hijos.

En los Talleres para padres adoptivos, que llevamos a cabo hace varios años, trabajamos aspectos que tienen que ver con la subjetividad adoptiva de los padres: sus dificultades con los hijos, sus temores, sus propios duelos por «el hijo ideal no concebido», su relación imaginaria con los padres biológicos (rivalidad, idealización o peyoración de ellos) cómo trabajar con los hijos su historia. Lo hacemos por medio de la asociación libre de cada uno, con visualizaciones, dramatizaciones, dibujos, etc. Son recursos que han resultado muy positivos para aumentar la introspección, la autocrítica,

la responsabilidad parental, la tolerancia, pensar en las relaciones mantenidas en la infancia con sus propios padres, es decir su propia tramitación edípica. El objetivo es aumentar sus recursos y el conocimiento de expectativas realistas, poder superar la repetición de las interminables discusiones, la violencia familiar con los hijos adolescentes. Sentirse apoyados emocionalmente en las crisis por las que están pasando, no estar solos y explosivos ante situaciones muy difíciles, en las que se dicen cosas muy terribles que dejan un pozo de furia y desencanto cuando se responde especularmente. Es un momento en el que muchas familias quieren tirar la toalla.

Todo adolescente con un buen nivel de mentalización, se pregunta: ¿quién soy, dónde voy, qué metas tengo, qué deseo?

Todo adolescente con un buen nivel de mentalización, se pregunta: ¿quién soy, dónde voy, qué metas tengo, qué deseo? El/la adoptado/a, además, necesita pertenecer a esa familia, por ello su interrogación es: ¿a quién me parezco en personalidad, carácter, herencia? Teme tener un origen estigmatizado, negativo y no poder escapar a ese destino, como si de una transmisión hereditaria se tratara. Le horroriza pensar que sus padres biológicos pudieran haber pertenecido a grupos marginales

La crisis adolescente se convierte en una nueva posibilidad de elaboración o no de lo que ha quedado irresuelto de la infancia, de inicio en la sexualidad genital, y de historización e integración de la historia particular de su proceso adoptivo. Con su familia adoptiva ha creado nuevos vínculos e identificaciones que servirán de base a su identidad adulta. Lo peculiar del adolescente adoptado/a es la integración de toda su historia pre y posadoptiva, para dar un sentido a ese corte de filiación ocurrido. Su «novela familiar» se amplía dando cabida a personajes complejos, los que quedan fuera de la escena, padres biológicos que, aunque en la realidad no están presentes en la familia adoptiva, ocupan un espacio mental en todo adoptado en la elaboración de su subjetividad. Al final de este





proceso alcanza la filiación simbólica, reconociéndose como hijo que ha recibido el legado de la ley simbólica de la castración, porque así le fue transmitida. Acepta ser uno más, uno entre otros. El respeto por los otros, los límites y las normas de su sociedad.

Cualidades protectoras en los hijos adolescentes

- Ecuación personal marcada por la resistencia a lo traumático: resiliencia
- Capacidad de poner palabras a lo traumático con juegos, escritos y fantasías que ayudan al trabajo de elaboración psíquica
- Capacidad de establecer vínculos de apego bastante seguros con expresiones personales de afecto.
- Comunicativo/a, extrovertido/a,
- Dejarse cuidar y ser cuidadoso con su grupo familiar.
- Capacidad de formar parte de equipos de deporte o artísticos.
- Capacidad de establecer los primeros romances.
- Capacidad de establecer relaciones de amistad persistentes y profundas.

Qué se espera de los padres adoptivos de un hijo adolescente

- Qué soporten los cambios de sus hijos, que puedan establecer límites, pero entiendan sus cambios de humor, su introversión, sus miedos.
- Recursos psicológicos para afrontar y reparar a un niño carente: capacidad de contención emocional y sufrimiento de los adolescentes.
- Capacidad de transmitir emociones.
- Capacidad de autocritica e introspección.
- No temer a la indagación mental que necesita para reafirmarse en su posición de hijo adoptivo. Cuanto menos miedo tenga a investigar, más curiosidad, más deseo de estudiar y aprender, mejor desarrollo.

Hijos adoptivos al comienzo de la convivencia

La entrada en familia adoptiva puede ser difícil y requiere mucha paciencia y deseo. Los niños/as llegan muy asustados, ansiosos, temiendo otra situación de

precariedad y abandono. Necesitan pasar del tiempo de la precariedad, como ha sido su vida hasta entonces, al de la estabilidad.

Factores de riesgo en hijos/as adolescentes adoptados

- No superar el trauma del abandono con la familia biológica, ni la injuria narcisista. Desvalorización de sí mismo/a. Identificación con el agresor: violencia, persistencia en la dialéctica del maltrato y la expulsión. Haber vivido una adopción fallida que culminó con la expulsión del hogar adoptivo al entrar en la adolescencia.
- **Pseudoadaptación a la familia.** Frialdad emocional y apariencia de adaptación, sin sentirse internamente partícipe de ella. Está en la familia con un muro alto y difícil de franquear entre ellos. Un cuerpo extraño.
- Búsqueda de grupos marginales que «teme e imagina» hayan estado en su origen familiar y social. Puede ser un momento de tránsito en la adolescencia, pero es importante no negar su riesgo.
- Negación, enfado, evitación del tema de su adopción.
- Impulsivo, violento/a y descontrolado/a
- Rechaza las muestras de afecto
- Duelos congelados

Factores de riesgo en padres adoptivos:

- Falta de contención emocional y comunicación que impida una integración afectiva, identificaciones y tiempo para pensar y disfrutar con su hijo.
- Distancia emocional, falta de empatía. No pueden ponerse en su piel.
- Romper lazos con el pasado de su hijo/a para que no se hable de ello, como si hubiera nacido a la entrada en familia. Si surge alguna pregunta, evitar responder, inquietud, postergarlo, impidiendo que el hijo/a pueda





afrontar su historia de vida anterior con su nueva familia.

- Actitud fría, rígida e intolerante.
- «Solución» a los problemas con cambios externos rápidos, pero con incapacidad de hacerlo internamente. Negar las dificultades del hijo/a, cambiando de escuela, buscando culpables fuera, proyectando la causa en factores externos, sin reconocimiento del problema ni búsqueda causal.
- Desprecio por el origen, no dicho o verbalizado. Puede ser intuido por el hijo o sabido en momentos de discusiones violentas, con desprecio y amenazas de exclusión.
- Atribución al hijo de todas las «mochilas». Depositar en él lo escindido, proyectado y rechazado por los adoptantes. Suelen ser padres rígidos, con poco sentido de autocrítica e introspección.
- Pánico a que en la adolescencia se «desvíen» a causa de su origen (ej. Sexualidad precoz. Atribución de su curiosidad y escauceos amorosos a ser supuestamente hija de una prostituta)
- Duelos personales congelados.
- Intolerancia con los conflictos lo que redundará en no querer pensar en ello y recurrir sólo a castigos con los hijos.

Cuando la adopción subjetiva ha concluido, el/la adolescente adoptado/a ha construido su identidad con sus padres adoptivos, sus «verdaderos padres». Todo niño que ha entrado en los primeros años de su infancia ha establecido con ellos sus identificaciones, se parece en expresiones, gestos, rasgos de carácter, etc. Es con quienes ha construido la historia de su vida y la historia que se ha creado él, su propia novela de familia. Con ellos ha establecido su filiación. Se siente hijo de las personas que lo han acompañado en su proceso edípico, es decir, en el tránsito de conformación de su

subjetividad, de construcción de su aparato psíquico; con los que ha aprendido a pensar y a funcionar bajo el imperio del principio de realidad.

En la adolescencia todo lo que ha ido fantaseando sobre sus padres biológicos y cómo hubiera sido su vida con la otra familia, toma una nueva dimensión. Interroga, discute, acusa y también necesita que se le reafirme que lo desean y valoran sus queridos padres adoptivos («no podría pasar lejos de ti una semana» es lo que calmó a una adolescente que no dejaba de discutir con su madre por todo.)

También teme no ser valorado/a socialmente por su condición, en especial si su aspecto físico no es el mismo que el de los hijos biológicos blancos. Es en la adolescencia cuando son más conscientes de las diferencias étnicas y sufren por la xenofobia social y por sentirse distinto/as. Sólo cuando elaboran sus diferencias, las asumen con fuerza y valentía.

La historia de nuestra vida es un relato en el doble sentido de la palabra historia:

- 1) Relato, cuento, novela
- 2) Registro documental de hechos probados.

- Cuando se habla de sus orígenes, tampoco se trata de una «revelación» como pretendida realidad exacta de lo acontecido, transmisión de datos objetivos y acontecimientos, sino del acompañamiento en el proceso de indagación del hijo/a y de una historia que conviene que haya sido procesada previamente por los padres.

- Hay un punto enigmático, escindido en cada uno de nosotros, hijos biológicos y adoptados, acerca de nuestro origen por siempre infranqueable. Todos hemos quedado fuera de la escena primaria.

Las lagunas de la historia, lo que no se entiende u omite, «habla» con el lenguaje del síntoma. Todo hijo busca un sentido a las condiciones de su existencia.

Cuando no se siente bien en algún aspecto, fantasea





con su mundo original o inventa historias. La fabulación se convierte en el encubrimiento de algún hecho que lo preocupa, sentirse tonto, solo, perdido. Ser como pudo suponer fueron sus padres biológicos: marginales, delincuentes, etc. Otros piensan que los han perdido y en su familia había muchos animales, una casa enorme, etc. En su imaginación, los personajes de la trama de su vida adquieren una complejidad producto de miedos, escenas temidas persecutorias, características soñadas y todo ello mezclando los *imago*s materna y paterna biológicas con las adoptivas. Esa amalgama entre los biológicos y los adoptivos, con los ingredientes de su fantasía, dan origen a las historias que se crea cada adolescente acerca de su propia vida.

La función paterna es la representante de la ley y del marco normativo. Una forma de provocación frente a esa pregunta, en especial cuando entra en crisis, puede dar lugar a cometer pequeñas faltas: fumar canutos en el parque, absentismo escolar, como intentos de que la policía ponga freno. Lo que no se puede formular en palabras, se transforma en preguntas en acción. El cuestionamiento «qué es un padre, ¿cómo habrá sido el mío?» ha traspasado su imaginario y se convierte en *acting* o pasaje al acto. En síntesis, cometer actos de provocación con la ley.

¿Tendré un destino funesto y repetiré lo que imagino ha hecho él? Provoco a la policía para que actúe en nombre de la ley y ponga un freno a mi descontrol.

Las informaciones que tenemos sobre nuestros padres nunca son objetivas. Han pasado por el tamiz de nuestra relación con ellos. En los hijos biológicos, esos padres fantaseados de la novela familiar, los imaginarios encumbrados, forman parte sólo del orden de lo imaginario. Cuando todo entra en cuestión, e/ la adolescente se pregunta: ¿quién soy? vinculando el origen de su adopción y de su vida. No sólo quiere saber quién fue su madre de nacimiento, sino también cómo ha sido el nacimiento de su adopción y su entrada en esa familia. Se vuelven a presentar sus dos orígenes. El deseo de saber quién fue su madre de nacimiento ocupa un lugar mental necesario. Debe diferenciarse

del deseo de ir en su busca. Es necesario trabajar su ligazón imaginaria con ella, con sus efectos y aceptar su pérdida irremediable. Es un duelo doloroso, pero imprescindible. No es lo mismo viajar al país de origen, que iniciar un viaje interno hacia su origen, ello da lugar al trabajo de duelo.

La identidad humana es un proceso en construcción permanente en el cual tienen que integrarse las distintas marcas significativas de la vida. Como señala Borges (Borges, 1947) es «algo que se hace y deshace, se urde en el tiempo y el tiempo es un jardín de senderos que se bifurcan».

«Todo origen tiene distintos porvenires» (Schnaith, 1993). El inicio de la vida no predice el final, la cuna no indica el destino (excepto generalmente para la realeza) y si bien hay muchas determinaciones en el funcionamiento psíquico, siempre hay contingencias imprevistas que lo reorganizan y abren nuevas líneas.

En el proceso de historización que hacen los/las jóvenes adoptados se refleja tanto la satisfacción y el sentimiento de pertenencia a esa familia, como la frustración cuando no se sienten aceptado/as.

Muchas jóvenes atribuyen sus dificultades sociales con las amigas aludiendo a su color de piel. (Un ejemplo de ello la adolescente que siempre reiteraba que era distinta, la «negrita» y que por ello la dejaban de lado las amigas). En ella su queja era usada como un velo que encubría otros factores. En ese caso fue importante el trabajo psicoterapéutico realizado para que dejara la posición victimista y comenzara a entender sus propias dificultades para ubicarse como una más en un grupo. No volvió a utilizar la excusa de su color de piel cuando aceptó su lugar en el grupo y fue muy bien recibida.

La escenificación de la trama del abandono en las sesiones permite apaciguar la angustia, crear un espacio de ficción para transformarla, y establecer otro tipo de relaciones con la situación vivida.

Concluiré este artículo con un caso clínico.



**Violeta: 15 años (adoptada con 4 años)**

Es un buen ejemplo para visualizar como, una vez superadas las vicisitudes de los enigmas de la adopción, padres e hijos recuperan la confianza, la comunicación y su relación se convierte en algo sólido y profundo.

Violeta había tenido problemas de aprendizaje. La había atendido de pequeña y comenzó a superar los problemas escolares. Fue optimizando su rendimiento académico, se graduó muy bien y tenía ahora el propósito de estudiar una carrera universitaria (cuando un/a adolescente ya puede encarar un proyecto de futuro, es que está superando la adolescencia).

Había querido volver a verme, porque manifestaba estar muy «estresada».

Me relata que, cuando vuelve del colegio a la hora de la merienda, se da «atracones de comida y luego le duele la barriga». Escuchando lo que cuenta le señalo que eso le ocurre cuando está sola en la cocina. Efectivamente, no acontece en otras comidas: ni en la escuela, ni cuando está con sus amigos, tampoco cuando su madre la acompaña. Ahora está muy bien con sus padres, con sus amigas, con las que habían ocurrido situaciones en las que se había sentido relegada, y con su novio, muy contenta ya que están juntos desde hace un año. Está feliz porque, además, le han dejado celebrar su cumpleaños sin que sus padres estén presentes, aunque dando su palabra de que sería responsable de lo que ahí ocurriera. Actualmente todo va mejor, pero, aun así, teme que «todo acabe mal». Cuando se encuentra sola, reaparece la soledad como sentimiento y una angustia catastrófica. También me explica que no puede evitar pensar en su madre biológica y en el porqué del abandono, especialmente cuando algo la preocupa. Antes, cuando iba mal en la escuela era peor, se decía a sí misma «tenía razón, me ha dejado porque soy tonta, voy a repetir curso.»

Esta predicción catastrófica es la repetición del viejo sentimiento angustioso experimentado en los primeros años del orfanato. Esas emociones, soledad, vacío y

dolor incluso físico, es lo que intenta llenar con comida. Ahora puede hablar de ello y de lo que en secreto pensaba en otro momento de sí misma: «soy tonta, no valgo nada, por eso me abandonó» (reflexión frecuente en los niños de orfanato).

La capacidad de sus padres para tolerar sus angustias, darle libertad y autonomía, escuchar sus preguntas, responder a muchos interrogantes y tener un diálogo fluido con ella, a la vez que el trabajo psicoanalítico realizado, permitieron que progresivamente se sintiera menos angustiada y modificara su relación consigo misma, su familia y la escuela.

En su tratamiento habíamos dedicado mucho esfuerzo al desanudamiento en su vida de esa escena traumática del abandono de la que se culpaba. Consideraba que era la causa de sus fracasos, alimentaba sus ideas de ser tonta. La herida narcisista del abandono, marcaba la razón de todos los fracasos escolares y de todo tipo en su vida. Fracaso que alimentaba sentimientos depresivos. Fue necesario desculpabilizarla

Romper con esa identificación mortificante para mirarse con otros ojos, los de la aceptación y el cariño de sus padres adoptivos. Ser benevolente consigo misma, aceptarse con sus logros, entender sus fracasos y cambiar su relación con los otros.

Pudo expresar que le gustaría formar una pareja como «la de mis padres porque suelen estar de acuerdo y se quieren mucho. Me dan libertad, pero me exigen responsabilidad».

¿Qué mejor confirmación de su adopción que estas palabras y su satisfacción de contar con una familia unida que la quiere y acepta tanto como ella a ellos?

Ese legado es posible cuando transmiten a través del testimonio de su propia vida que la vida tiene sentido y responsabilidad (Recalcati, 2014). ■





Bibliografía

- BAUMAN, Zigmunt (2003) *Amor líquido* Ed. Fondo de Cultura Económica.(2005) Buenos Aires
- BORGES, Jorge Luis (1941) *El Jardín de senderos que se bifurcan*. Ed. Sur, Buenos Aires
- NIZAN, Paul (1931) *Aden Arabia* Ediciones de la Flor (1967) Buenos Aires
- RECALCATI, Massimo (2014) *El complejo de Telémaco* Ed. Anagrama Barcelona
- SAVATER, Fernando (1991) *Ética para Amador* Ed. Ariel. Barcelona
- SALZBERG, Beatriz (2008) *Crece para alguien: proceso de construcción de la parentalidad adoptiva*. Ponencia en Mesa Redonda en el Col·legi Oficial de Psicòlegs de Catalunya
- SCHNAITH, Nelly (1993) *El silencio del origen*. Ed. Café Central, Barcelona
- TUBERT, Silvia (1982) *La muerte y lo imaginario en la adolescencia* Ed. Saltés Madrid

Beatriz Salzberg
[T] 659 932 418
[@] beatrizsalzberg@gmail.com

Clínica Logos
[T] 934 186 961
[@] logos@comb.cat

